

## **CIUDAD DE ZUOQUAN, PROVINCIA DE SHANXI, CHINA**

**2 de junio de 2060**

**L**a artillería golpeaba duramente la ciudad, con más ferocidad y más proximidad que antes. Mei Hao detuvo un momento su andar apresurado junto a la ventana, y vio columnas de humo y lenguas de fuego en la mitad china de Zuoquan. Los incendios también estaban más cerca. Los Parciales iban avanzando, y el cuartel general chino ya no era un lugar seguro. Mei se apartó de la ventana y corrió por el pasillo, sujetando una pila de mapas con un brazo y, con el otro, el receptor satelital del ejército. Ya podía oír a los dos generales discutiendo.

—Tenemos que mudar nuestro cuartel general —dijo el general Wu. Mei era su asistente, y no le sorprendió en absoluto oírlo plantear la retirada. Había demostrado ser un cobarde desde el día en que lo había conocido. Mei entró con paso rápido y puso los mapas sobre la mesa; él los desplegó sin darse por enterado de la presencia de ella. Mientras los examinaba, Mei abrió el receptor

satelital—. El ejército de los diablos se mantuvo en esta línea durante semanas —dijo, señalando un delgado y poco claro trazo por el centro de la ciudad con un lápiz de cera rojo; la línea era vaga por necesidad, pues no había manera de saber con exactitud cuáles edificios estaban en poder de qué ejército en un momento dado—. Ahora la están traspasando —prosiguió el general Wu—, al menos hasta aquí, y probablemente más aún —dio un golpe firme en el mapa, como si el hecho de señalar el área que él calculaba le diera carácter definitivo—. De cualquier manera, aquí ya no estamos a salvo.

El general Bao pensó mucho antes de responder, aunque Mei sabía por experiencia que lo hacía más por tacto que por vacilación. Bao era lo opuesto a Wu en muchos aspectos: era joven, mientras que Wu era viejo; alto y apuesto, cuando Wu era obeso y feo; valiente, cuando Wu era cobarde. Lo irritaba la cautela y la cobardía del hombre mayor, pero Wu era el general superior, y Bao siempre era muy sensato con sus consejos.

—No podemos huir siempre —dijo por fin—. Nos han encomendado la defensa de esta ciudad, aunque a medida que la invasión se prolonga estamos defendiéndola cada día menos. No tenemos las fuerzas, como dice usted, para repeler a los BioSintes, pero debemos defendernos en algún punto.

—Bah —respondió Wu, desestimando la opinión con un ademán indolente. Él no tenía nada del tacto de Bao—. Sería defendernos y morir. El sector civil de la ciudad es un asunto secundario para nosotros; nuestro único objetivo verdadero es defender la fábrica de municiones. —Señaló en el mapa la ubicación de la fábrica con un golpe de su grueso dedo índice—. Esto es lo que no podemos perder, y si hoy nos retiramos estaríamos en mejor posición para defenderlo.

Entró un edecán a toda prisa, se inclinó ante los generales, de a uno por vez, y extendió una *tablet* que emitía un leve resplandor.

—General Bao Xu Quin, mensaje de la torre.

Bao miró brevemente a Wu, tomó la *tablet* y leyó rápidamente mientras iba pasando las fotos con el dedo.

—Malas noticias, seguramente —dijo Wu—. ¿Hasta dónde han llegado ahora, aprendiz? ¿A ocho kilómetros? ¿A uno?

—Están a cinco kilómetros de nuestra posición —respondió Bao, sin apartar la mirada de la *tablet*, y Mei logró ver apenas el movimiento que había captado su atención. Estaba mirando un video de la batalla, probablemente una transmisión en vivo, y a juzgar por su expresión, no les estaba yendo bien a los defensores—. Están avanzando rápido. Tal vez sí sea momento de mudar nuestro cuartel general. —Miró brevemente a Mei, y esta bajó los ojos con recato—. Al menos, por la seguridad de nuestro personal.

—Ahora sí dices algo razonable —comentó Wu—, aunque lo disfraces de preocupación por los demás. La pregunta es a dónde. —Examinó el mapa—. El enemigo no puede apuñalar un corazón si no lo encuentra. Lo mejor será esconder nuestro cuartel general aquí, en la universidad; no tendrán motivos para buscarnos en este lugar, y menos posibilidad de encontrarnos en el laberinto del campus.

—Eso, si lográramos llegar —repuso el general Bao, señalando el mapa—. Con el ejército de BioSintesis subiendo por este bulevar y por este canal paralelo, creo que pronto la universidad quedará aislada. —Pensó un momento y luego señaló otro sector de la ciudad—. Si debemos dejar el corazón donde el enemigo pueda apuñalarlo, al menos protejámoslo con una armadura. La biblioteca de Zuoquan tiene catacumbas profundas, firmes y posibles de defender. Deberíamos trasladar allí nuestro cuartel general y, cuando llegue el momento, defenderlo con mucha más seguridad que aquí.

—Nos veríamos forzados a defenderlo con la vida —dijo Wu—, porque no tendríamos la posibilidad de replegarnos. —Señaló el cuadrante inferior izquierdo del mapa—. Los contornos de la ciudad harían que el ejército de los diablos nos rodeara, con lo cual nos cortarían el acceso a un lugar seguro mucho antes de que necesitaran enfrentarnos directamente. Me parece que nos queda un solo lugar donde armar nuestra tonta defensa.

Mei supo la respuesta mucho antes que cualquiera de los dos generales; de hecho, sospechaba que el avance Parcial podía ser un intento de empujarlos al único lugar seguro donde podían replegarse.

—La fábrica de municiones —murmuró Bao, mirando fijamente el mapa con profunda preocupación—. No me gusta. Los diablos sabrán dónde estamos, y de un solo golpe podrían eliminarnos a nosotros y a la fábrica. Es el objetivo más valioso de la ciudad, y no podemos darnos el lujo de hacerlo más valioso aún.

Wu meneó la cabeza.

—Es valioso porque necesitan usarlo, no porque quieran destruirlo. Sin las provisiones que conseguirían en la fábrica, no podrían avanzar sobre el resto de China, y es el único punto de la ciudad que van a negarse a destruir. Allí estaremos a salvo de ataques aéreos, y nuestra infantería todavía tiene suficientes fuerzas para defenderla.

Bao lo pensó un momento, pero Mei sabía que no le quedaba otro recurso. Era en verdad el mejor y el único lugar donde replegarse, y aunque eso a ella le parecía una trampa, los generales no tendrían muchas opciones más que entrar en ella. Bao asintió, aunque sus ojos evidenciaban que no le agradaba.

—A la fábrica, entonces.

—Movilice a sus fuerzas —dijo Wu, al tiempo que apartaba a Mei

del receptor satelital—. Yo movilizaré a las mías y actualizaré nuestros mapas. ¿Nos tiene conectados?

—Sí, señor —respondió Mei.

Wu se sentó y activó la pantalla táctil, donde abrió el mapa de Zuoquan y actualizó en él la posición de sus fuerzas, moviéndolas aquí y allá como piezas en un tablero de ajedrez. Los cambios se transmitirían por la red tanto a los subcomandantes, que alinearían sus fuerzas con mayor detalle de acuerdo con las órdenes del general, como a los comandantes superiores que supervisaban la defensa de toda China. La guerra entera se podía coordinar a la perfección por medio de una red tan segura que era imposible espiarla... a menos que se tuviera acceso al receptor satelital. Mei lo mantenía cerca en todo momento.

Sonó una alarma, y los teléfonos de ambos generales emitieron una alerta al unísono. Bao profirió una palabrota y finalizó con las órdenes a sus hombres, mientras daba un vistazo rápido al mensaje entrante.

—Llegaron los diablos —dijo—. Tenemos que irnos ya.

Wu terminó su trabajo con el receptor satelital, se puso de pie y aceptó su chaqueta cuando Mei se la ofreció a la altura de los hombros. Empezaron a entrar soldados para defender a los líderes y escoltarlos a lugar seguro; Mei ya oía disparos en la calle. Wu salió enseguida y dejó que cerrara el receptor ella sola. Bao, más galante, se quedó hasta que estuvo lista.

—Mis hombres nos llevarán los rotores, señorita.

—Gracias —respondió Mei, asegurándose de dirigirle una sonrisa de agradecimiento. Venía cultivando en él una atracción sutil, por si alguna vez necesitaba aprovecharla, y lo manipulaba con la misma seguridad con la que Wu había acomodado sus fuerzas en la pantalla. Ahora esa atracción se manifestaba como un deseo de

protegerla, una reacción típica en un hombre de autoridad, que a ella le venía de maravillas. En realidad, el “ejército de los diablos” no representaba un peligro para Mei; ya podía percibir a los Parciales abajo, enlazándose con ellos mientras entraban al edificio. Estaban ganando con facilidad, y ella les transmitió su ubicación con la advertencia de que no se acercaran. Sus órdenes habían sido específicas: *No capturen todavía a los generales. No se expongan.* La orden no tenía sentido, pero igualmente la obedeció como siempre. La habían creado para obedecer.

Se llamaba Heron, y era una espía Parcial.